

Buenas noches,

Querido público asistente, amigos, compañeros, organización entera de Cosmopoética.

Lo primero que me gustaría hacer es dar las gracias por haber confiado en mí esta noche para abrir esta nueva edición de Cosmopoética que, como ya se ha señalado por diferentes medios, cumple su mayoría de edad. Lo segundo es remarcar la ilusión que me hace poder estar aquí esta inauguración y el carácter especial que tiene hacerlo precisamente este año, en el que se conmemora el centenario de escritores cercanos y queridos por todos nosotros. Cuando recibí la propuesta lo primero que comprobé entonces fue lo tranquila que estaba al hablar sobre Cántico; y el motivo es que transitaba un camino que he visitado infinidad de veces y en el cual uno se siente cómodo, en casa, a gusto, del que conoce bien el trayecto de fondo.

Hoy no estaría posiblemente aquí de no ser por dos amigos que en su día me pusieron, cada uno, un libro diferente en las manos y que me hablaban, siempre desinteresadamente, sobre Cántico. Uno de esos libros fue *Elegías de Sandua* de Ricardo Molina, y el otro, *Un navío cargado de palomas y especias*, antología de Pablo. Mis palabras de inauguración son, por tanto, también unas palabras de agradecimiento porque en Córdoba la cultura literaria se haga no solo en estas grandes ocasiones, sino en pequeñas reuniones entre amigos, en regalos de libros desinteresados. Lo bello es que en Córdoba la poesía se comparte en todo momento, incansablemente. Pido por adelantado, por tanto, me disculpen si a lo largo de este discurso inaugural me respaldo en el terreno de lo personal, de lo conocido.

Así, como se dice en un fado que hace Dulce Pontes en homenaje a Amalia con música del espectacular Ennio Morricone, “lo tienes en los ojos, *na alma e na vos*”; no se me ocurre mejor manera de realizar este brevísimo recorrido por los

nombres de Cántico homenajeados (Pablo García Baena, Julio Aumente y Ginés Liébana) que desde el corazón.

Recitaré, después de esta introducción que ahora les hago, 2 poemas de Pablo, 1 de Julio Aumente, 2 brevísimos poemas de Ginés y, para terminar en guiño todas esas mujeres que rodeaban a Cántico, 2 de M.^a Victoria Atencia.

Habré leído la obra completa de Pablo, el poeta que, de todos los mencionados, es el que mejor o más creo conocer, seis o siete veces en mi vida. Y lo he leído con pleno amor y devoción ciega. Lo de “ciega” lo explica la fe y la luz que me han trasmitido el conjunto de palabras de una persona a la que nunca pude conocer, por no estar en el sitio ni en el momento oportuno para hacerlo. Lo amé por sus textos, y estoy segura, habida cuenta del gran número de personas que me hablan desde el cariño y amor hacia él, que también habría adorado sus conversaciones o, simplemente, poder mirarlo a los ojos en silencio con solo el afán de agradecer.

No obstante, no sería justa al hablar de Pablo si no mencionara aquí unos cuantos nombres —y digo unos cuantos excusándome ya que probablemente hubo y habrán muchos más entre nosotros que hagan cada uno en su espacio por la figuras de Cántico y que no mencione aquí, bien por necesidad estricta de selección bien por desconocimiento—. Esto ejemplifica una constante que he hallado en todos estos años en Córdoba: cómo la tradición literaria se cuida y se venera de generación en generación. El primero de todos los que después me hablarían de Pablo, hace siete años, cuando yo tenía 20 años y aún era estudiante de Filología, fue el cantautor Alberto Guerrero —y, con él los nombres parejos de Curro Bernier y Raúl Alonso, este último indirectamente pues no le conocía por entonces—. Alberto me solía hablar de Cántico y fue él quien me hizo el inmenso regalo de las *Elegías de Sandua* de Ricardo Molina, de las que os hablaba antes. Por entonces, contenta de emoción por los poemas de Ricardo, pedí por favor que se me explicara dónde quedaba Sandua, porque aunque fuese un espacio mítico en el colectivo del grupo cordobés, yo quería ir ahí, si es que Sandua existía, a falda de Trassierra. Alberto, muy amablemente, le pidió a Raúl Alonso un audio donde le diera las

indicaciones para luego él hacérmelas llegar. Recuerdo felizmente la voz de Raúl dando las indicaciones para llegar a Sandua —hecho que el propio Raúl desconoce—. Por supuesto, encaminé mis pasos a Sandua y he frecuentado el lugar, hoy finca privada, no una sino muchas veces. Gracias a Curro, por entonces terminando la edición de los diarios de su tío abuelo, supe que este había vivido en La Carlota, misma localidad que la mía y cuya ascendencia de la colonia alemana compartimos ambos.

He de mencionar, por último, algún nombre más: el primero de ellos, Antonio Luis Ginés; ya que, una vez publicado el jurado que me concedió el Valencia, y visto que en él estaba Guillermo Carnero, me regaló *Un navío cargado de palomas y especias*, la antología mencionada sobre Pablo. Yo, por entonces, no conocía completamente quién era Guillermo ni, mucho menos, su relación con Pablo y Cántico. Con esto ya me estoy acercando al final antes de la lectura de los textos. Después de leer el *Navío*, a inicio del verano de 2018, me fui corriendo a sacar libros de Pablo de las bibliotecas cordobesas; después de aquel verano abandoné la ciudad perdiendo así la oportunidad de conocerlo personalmente. Pero, Antonio Barquero —que hoy generosamente nos acompaña— siempre pronuncia frases que Pablo diría en nuestras reuniones, en una manera de hacerlo estar más vivo y presente entre nosotros. Agradezco infinitamente esas palabras y las guardo dentro de mí como amuleto. Durante estos años hasta ahora he leído a los otros miembros del grupo incansablemente. De Ginés, guardo las búsquedas sobre su vida creativa en Madrid y la antología recientemente editada por Reche y Bernier. Y de Julio, guardo sus primeros poemas, en especial la lectura de *Los silencios*, libro de 1958.

Hay dos últimos datos que no quería dejar de compartirles esta noche. Antes que esta edición de *Cosmopoética* se realizase, Cántico ya había cultivado las relaciones entre Córdoba y Portugal en el terreno poético. Así, encontramos que Juan Bernier edita y traduce seis sonetos de Florbela Espanca en el n.º 2 de la revista *Cántico*, diciembre de 1947; o que M.^a Victoria Atencia frecuentaba las

playas del Algarve donde perder la vista, “y tiré roca abajo cuanto me estaba impuesto”, clama en un poema de *La pared contigua* (1988).

La unión de la poesía con Portugal no se agota. Y así, Carlos Clementson continúa siendo fabuloso traductor del portugués. Lo digo en plural, en Córdoba hemos sido muy afortunados con las personas que nos han transmitido esa ligazón inquebrantable con la poesía.

Procedo ahora a la lectura de los poemas, con la que daré fin a mi intervención.

[Lectura de poemas, al final del documento se encuentran los poemas seleccionados]

A día de hoy, cuando escucho el viento rugir por las calles de Córdoba, me es imposible no recordar estos versos de Pablo: *En Sandua, aúlla el viento Ricardo como un negro animal que bajara del monte.*

Doy paso así a los grandes Pablo García Casado y a Nuno Júdice. Buenas noches a todos y disfruten de esta fiesta de la poesía.

Estefanía Cabello

Inauguración

Poemas de Cántico

Poemas de Pablo

“He dejado las puertas entornadas”

He dejado las puertas entornadas
tras el suicidio. Sé que vienes, llegas
por la cal del pasillo con la luna
y es hermoso el verano o que escogiste.
Suave como antes, silenciosa
sombra que fuiste siempre entre mis brazos,
llegas ahora. El lecho está ocupado
y, yacente, te tiendes, hierba helada
creciendo, seto oscuro entre las sábanas,
separando el amor y su fatiga.
¿Para que vuelves, blanca sobredosis?
Impalpable te beso en otros labios,
en la fruta que aceda la memoria
y en el trigo de un pecho que no es tuyo,
pero tuya es la hoz que siega el día.
Como a tu casa vienes y es tedioso
y amargo el encontrarte. Ya no vuelvas.
Echa el cerrojo cuando al fin te vayas:
el mastín ladra largo a los espectros.

Pablo García Baena

(De: *Los campos Elíseos*, 2006)

“Tentación en el aire”

Sabía que vendrías a hablarme
y no te huía
demonio, ángel mío, tentación en el aire.
Sabía que tus ojos ahogarían mis ojos
cansados ya de largos horizontes de hastío
y de copiar tranquilos paisajes de remanso.
Antes de verte, lejos, te adiviné en mi alma,
como algún fauno joven que con su flauta báquica
avivara en mi carne
un fuego leve, quieto,
amenazado casi de apagarse algún día,
rodeado de hielos, engaños de mí mismo.
[...] En silencio, callado, yo te entregué mi alma,
aquella que había sido espada victoriosa,

que había decapitado todas las tentaciones
a ti, mi ángel malo, te la entregué sin lucha,
y tú con tu sonrisa, ¡oh tu risa que hiere!,
arrancaste de mí los altivos laureles
y casi sin mirarlos, despreciaste a aquel
que alargando la mano te los daba vencidos. [...]

Quisiera ser la rota columna decadente,
aquel ángel mancebo perfecto entre sus bucles,
o mejor, el Apolo que ayer recibió culto,
y que hoy sepultado bajo la tierra espera
el día de volver a las nubes olímpicas,
mientras que las raíces se enroscan a su cuerpo
—a la gracia del niño tan sólo comparable,
ya las sencillas flores de los valles idílicos—
como viejas y oscuras serpientes milenarias.

[...] ¿Qué sabes tú de esto?, ángel mío,
demonio, tentación en el aire. Del helado placer
de sentir el desprecio, y del llorar alegre,
¿qué sabes tú, qué sabes?
Aunque me hayas quitado a Cristo, el que perdona,
el comprensivo, el dulce, el manso Jesucristo,
un día volveré al alba, ya cansado,
con mis descalzos pies sangrantes de la senda
y lloraré las lágrimas, las que tú no ves nunca,
hasta borrar el último recuerdo del pecado.

(De: *Rumor oculto*, 1944)

Poemas de Ginés

“La edad del amor no se mide / ni la descubre la mirada / cuando sentir / es un principio
de aislamiento”.

(De: *Sostenida bajada continua*, 1995)

“No me prives de la fineza / de seguir en tu duende./ Sólo intento saber / lo que se
esconde detrás / de la contrariedad”

(De: *Sintesis*, 2000)

Poema de Julio

(en pdf, "Quien de amor", *Los silencios*, 1958)

* QUIEN DE AMOR...

La vida está vacía. Quien de amor no la llena
queriendo así ganarla, siembra polvo de oro,
labrador de los aires,
en surcos tan estériles que un día le darán simientes
vanas de humo, espinos o serpientes como agujas,
dorados cardos lacerantes
donde en días de nubes reposar su cabeza.

Quien mira atrás y ve su tiempo gastado,
su vida o sangre desparramada como un rastro en el camino,
arena que apagara fuegos o tal vez fuego devorador de arena,
agua, fuego o sangre dado a beber a los sedientos,
si es pozo en un camino que no miró quien bebe,
ya sembró lo que dará su fruto.
Peregrinos amantes sobre la vasta tierra.

Quien miró atrás, mira ahora adelante cansado
ante el camino a recorrer que aguarda.
La juventud retira sus últimas banderas
ante un horizonte sombrío
y la madurez como temida aurora en un erial se muestra
frente a un sol cruel que arrebata
a un cansado despojo sus esperanzas últimas.

Quien sembró para su porvenir, tendrá respeto,
y espejos de monedas el avariento solitario.
Los pavos reales saludarán con sus colas desplegadas
a quien alimentó cuatro caballos para su sepelio.

Pero el que amó solamente,
pero quien amó solamente,
una cortina de agua y el más rápido olvido
tendrá sobre la tierra y bajo el cielo,
bajo la tierra y sobre el cielo. Un ángel
con su dedo de plata señalará el camino.

Aquí estuvo. Su vida fue naranja o esmeralda.
Tened piedad. Dio amor.
Si hay otra vida... Acaso. Vendrán otros.
Fue manantial y siempre tuvo sed.
Está ya a salvo.

(*Los silencios*)

Poemas de M.^a Victoria Atencia

Sazón

Ya está todo en sazón. Me siento hecha,
me conozco mujer y clavo al suelo
profunda la raíz, y tiendo en vuelo
la rama, cierta en ti, de su cosecha.

¡Cómo crece la rama y qué derecha!
Todo es hoy en mi tronco un solo anhelo
de vivir y vivir: tender al cielo,
erguida en vertical, como la flecha

que se lanza a la nube. Tan erguida
que tu voz se ha aprendido la destreza
de abrirla sonriente y florecida.

Me remueve tu voz. Por ella siento
que la rama combada se endereza
y el fruto de mi voz se crece al viento.

De Cuatro sonetos (1955)

Entre los que se fueron

Entre los que se fueron, por estas avenidas
voy más llena que nunca. Roza la primavera
mi piel como un anuncio de lo que se avecine.
Mármoles y naranjos, el rumor de una abeja
y un silencio tan sólo comparable al momento
en que van a cruzarse dos predestinaciones.

Narcisos dejaré más allá de esta hora
y que toquen sus pétalos nombres entrelazados
fuera de este recinto está el vacío sobre
la ciudad anhelante a cuya luz me encuentro
con el significado preciso de la vida
como un libro que abriese de par en par sus verjas.

De: Marta y María (1976)